

29 de Abril de 1863

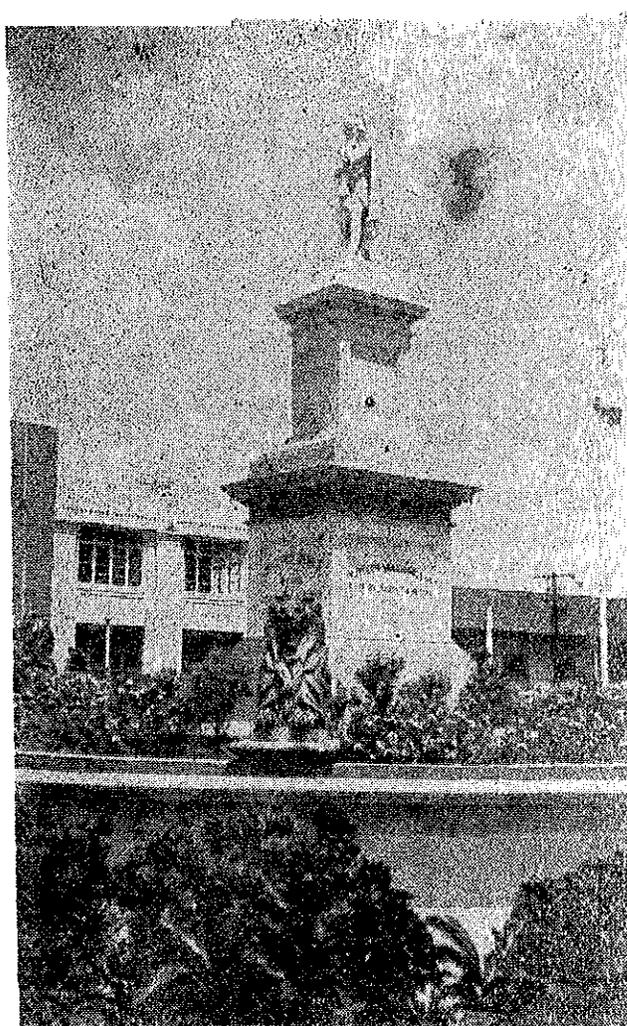
Vivido Episodio

BERTA BUTRAGO

Conía el mes de Abril de 1863, la ciudad colonial de Santiago de León de los Caballeros estaba viviendo horas de terrible angustia, un ejército como de tres mil hombres, salvadoreños, hondureños y algunos grupos de nicaragüenses, con flamante artillería y bien equipados, comandado por el General Máximo Jerez, había traspasado las fronteras y se acercaba a la ciudad con objeto de tomarla y derrocar al entonces Presidente de la República, General Tomás Martínez.

El ejército avanzaba sin ninguna dificultad, pues los pequeños resguardos que había en las poblaciones fronterizas no podían ofrecer ninguna resistencia. Las noticias que circulaban eran de lo más alarmantes, sonaban nombres de los lugares donde habían pernoctado las tropas, "Las Lajas" "Las Hormigas". Las gentes campesinas que entraban en la ciudad, huyendo, aumentaban el pánico de los habitantes ciudadanos, con la descripción que hacían de las fuerzas invasoras, no era posible resistirles, tenían que entrar marchando, eran muchos miles, traían artillería, caballería, cuerpos de lanceros, bizarros Generales que marchaban al frente del formidable ejército, era demás hacer resistencia: el General Martínez no tenía más que entregarse, capitular, pues no contaba con fuerzas suficientemente preparadas para oponerse; los derrotistas eran de opinión que se abandonara la ciudad, para librarla de vejámenes. . .

Naturalmente que estas noticias, llenaban de terror a los leoneses, frescos estaban en la mente de todos el recuerdo de los asesinatos, saqueos e incendios cometidos por el feroz Malespín y sus hordas, la sangre del Padre Crispín todavía manchaba las paredes de la casa donde había sido fusilado; las almenas del atrio de San Juan de Dios tenían incrustadas las balas con que asesinaron a los enfermos del hospital que enfilados en escaños habían sido tirados; los muros donde había sido fusilado el Mariscal Casto Fonseca ostentaban las peladuras ocasionadas por las descargas; aún estaban en pie, las fachadas de los edificios incendiados; se podían ver los escudos y leer los nombres de sus dueños, todos estos horrores los tenían las gentes en la imaginación, y muchos recitaban los versos dedicados a los "Hijos nefastos del feroz Guardiola" . . .



Estatua del Gral. Máximo Jerez.

Y más frescos estaban los sufrimientos del pueblo de León durante la larga guerra de la "Democracia", que trajo la funesta invasión de los filibusteros de William Walker, que tanta sangre costó a Centro América, tantas desdichas ocasionadas por la guerra, cuántos hombres de importancia, auténticos valores desaparecidos, ciudades quemadas, ruina por doquiera, el progreso estancado, la agricultura muerta, el dinero consumido, Nicaragua al borde de la esclavitud, empobrecida, desangrada, desmembrado, arrebatada una gran parte de su territorio (El Guanacaste) por la ayuda que le dieron y cuando empezaba a alborear la paz y un gobierno de orden estaba al frente de los destinos de la patria, cuando Nicaragua no se había repuesto de tanta calamidad, cuando aún tenía el cuerpo lacerado y no podía cubrir sus desnudeces con los harapos que le quedaban; nuevamente el General Jerez en su afán de llegar a la Presidencia vuelve a sumirla en los horrores de la guerra; no ha bastado tanta sangre, no ha bastado tanto incendio y desolación!.

El General Jerez contaba con sus amigos liberales del interior y con el pueblo de León, "apenas pise territorio nicaragüense, todos correrán a mi encuentro a unírseme; Martínez está muy desprestigiado", había dicho, pero no contaba, que venía a la cabeza de un ejér-

cito no nicaragüense y los leoneses no iban a permitir que su ciudad fuera otra vez tomada a saco...

El General Martínez, no tenía más que como ochocientos hombres, unos viejos cañones, y como mil rifles, pero era un gran estratega.

El no mandar fuerzas al encuentro de Jerez lo conceptuaban como signo de debilidad. Los amigos de Martínez le insinuaban que debía mandar tropas a batir al enemigo, que no los dejara acercarse; pero él contestaba "que aquí los esperaba, y repartió los rifles que tenía entre los que fueron a presentarse, diciéndoles: que los llevaran a sus casas y que al toque de un convite corrieran al cuartel, esa era la consigna, mientras tanto no debían atrasarse en sus ocupaciones."

Entre tanto el ejército de Jerez había llegado a unas pocas leguas de la ciudad, todos daban como un hecho la entrada de Jerez en León, pero no atinaban por dónde sería el ataque, todas las entradas estaban libres, no se sabía si sería por el lado de Subtiaba, por El Pochote o por San Felipe. Las gentes desoladas corrían de un lado para otro, los del oriente para el occidente, los del Norte para el Sur; era una confusión, un solo grito: por aquí entrarán, habían perdido la calma, eran esos momentos psicológicos de "sálvese el que pueda".

Llegó el 28 de Abril, el día estaba nublado, triste, un silencio de muerte envolvía la ciudad; una pequeña fuerza al mando del General Guerrero que acampaba en el Bosque, lugar situado a pocas leguas de León había sido derrotada; la gente no se atrevía a salir a la calle; uno que otro transeúnte azorado interrumpía el silencio; los vecinos asomaban la cabeza por las ventanas deseosos de saber que nuevas habían. Sólo se oían los toques de los clarines que con sonidos lúgubres llamaban "Oficiales al cuartel, lo manda mi Coronel". Una atmósfera cargada de aires de tragedia envolvía la ciudad, y muchos repetían la frase "cuando la Patria está en peligro el silencio es criminal".

El día terminaba y con las sombras de la noche entraban en la ciudad los derrotados del Bosque, hombres cansados, heridos, desgarrados, llegaban en pequeños grupos.

El peligro era inminente, los vecinos se encerraban en sus casas, creyendo inmediato el asalto a la población.

La ciudad estaba a oscuras, los habitantes en el interior de sus casas esperaban acogidos por momentos los gritos de las turbas salvadoreñas entrando.

Un vecino curioso (mi abuelo Lic. Nicolás Buitrago B.) abre la puerta como a las nueve de la noche, deseoso de informarse con alguien respecto de la situación; un amigo pasa. —Buenas noches Don Nicolás. —¡Hola Ramón! Qué nuevas tienes? —He hablado con varios de los que estuvieron en el Bosque, los nuestros no aguantaron ni las primeras esca-



Dibujo del Gral. Tomás Martínez

ramuzas, es un ejército muy poderoso; pasaremos la noche tranquila, probablemente mañana. No terminó Ramón sus frases, la conversación fue interrumpida por el ruido de unos jinetes, que en briosos corceles lujosamente enjaezados aparecieron por la esquina; eran como diez, vestían uniformes militares con sobre-botas y sendos capotes; al pasar dieron buenas noches, con voces alegres; sonaban los sables y brillaban las empuñaduras de las espadas a la luz de una luna mortecina. Todos rodeaban a uno que parecía ser el Jefe. Uno de los de la comitiva llamó a Ramón; Ramón! Ve lo que te digo. Uno se acercó a ellos, mientras todos detenían las cabalgaduras. Hablaron unas palabras y luego se despidieron dirigiéndose cordiales saludos...

Al reunirse nuevamente Ramón con Don Nicolás, le dijo a éste: No son Martinistas esos que van ahí, como creíamos al divisar el grupo que fueran militares que andaban rondando, el que va ahí es el General Bracamonte, Jefe salvadoreño de los que vienen con Jerez, va con sus ayudantes y algunos de su Estado Mayor, me lo presentó el amigo que me llamó. Parece que el General Bracamonte opinaba que las fuerzas de Jerez siguieran a los derrotados del Bosque, para no dar lugar a

Martínez a rehacer sus tropas. No había que perder tiempo, perseguir a los derrotados y atacar León aprovechando el pánico que la derrota ocasionaba. Pero Jerez se opuso y dijo: Que para llegar a León había que caminar varias leguas, que la noche se acercaba y Martínez aunque no tenía gente suficiente, podía tenderles una emboscada, además, las tropas honduro-salvadoreñas no conocían el terreno en que iban a combatir, era mejor esperar el día y atacar muy de mañana, que a las diez estarían almorzando en El Guásimo, (así llamaban a la catedral por haber habido allí un corpulento guásimo).

La opinión de Jerez prevaleció sobre las razones del General Bracamonte. Entonces éste pidió permiso a Jerez para hacer una inspección y acercarse a León lo más que pudiera; quería ver cómo estaban las defensas de la ciudad, si había fosos, trincheras, ver hasta dónde se encontraban las avanzadas de Martínez. Algunos de su Estado Mayor y unos leoneses de los que venían con Jerez se prestaron a acompañarlo. Con sorpresa notaron a medida que avanzaban que el camino estaba completamente libre y así llegaron hasta la propia ciudad sin que nadie los molestara, sólo en el puente de San Felipe había un pelotón de soldados, evitaron el encuentro y entraron por el lado de Zaragoza, recorrieron la ciudad y no habían encontrado alma viviente. Cuando se pararon a hablar con Ramón ya iban de regreso; iban optimistas sobre el triunfo, probablemente como decía el General Jerez, a las diez de la mañana almorzarían en León.

Amaneció el 29 de Abril. Una hermosa mañana de primavera. El sol rasgando las nubes dirigía sus ardientes rayos sobre la tierra. Los vecinos de la asediada ciudad habían pasado una noche de insomnio, y llena de temores pero relativamente tranquila. Salían huraños de sus casas a buscar su desayuno, cuando gritos, carreras de la gente que vivía en las rondas infundieron la alarma. Jerez estaba a las puertas de la ciudad y pronto empezaría el combate...

La campana mayor de la Catedral, coreada por las de los templos de La Merced, La Recolectión, San Francisco y demás iglesias tocaban convite. Las campanas llamaban con angustia; era llegado el momento y todos los leoneses debían aprestarse al combate para defender sus hogares. Una banda militar recorría las calles al toque de "La Generala", y el pueblo de León como un solo hombre corría a la plaza a acuerpar al General Tomás Martínez. Unos con rifles, otros con machetes, con pistolas, con lo que tenían. La batalla había comenzado, el tiroteo que al principio fue un poco graneado se había generalizado, tronaban los cañones y las metrallas y las balas como lluvia caían sobre los tejados.

El General Martínez había tendido su línea de fuego en forma de un arco cuyo centro estaba en el puente de San Felipe, refor-

zado por grupos de soldados colocados en cada esquina de la ciudad abarcando una gran extensión. Estos grupos avanzaban y los de atrás ocupaban su lugar. El General Martínez, gran estratega y veterano de muchas campañas, personalmente dirigía el combate y recorría la línea de fuego montado en brioso caballo blanco.

Las fuerzas honduro-salvadoreñas comandadas por Jerez avanzaban en líneas compactas. Los ejércitos estaban tan cerca que se distinguían las personas.

El General Bracamonte enfocó su anteojo de larga-vista y distinguió a un General que montado en un hermoso caballo blanco, pelaba una naranja cerca de la línea enemiga. General Jerez —dice Bracamonte— ¿quién es aquél que pela una naranja en la línea de fuego?

Jerez toma el anteojo y mira. —Ese es Martínez— dice.

Bracamonte replica: —¿Cómo me ha dicho, que Martínez es cobarde? Ese hombre es un valiente, véalo con qué tranquilidad pela una naranja en lo más recio del combate"...

El Obispo de Nicaragua, Piñol y Aycinena, desde las siete de la mañana, hora que empezó la batalla, estaba en la Catedral de rodillas en oración, con los brazos en cruz, como Moisés durante la batalla de los israelitas contra los amalecitas, permaneció durante todo el combate, pidiéndole a Dios salvara la ciudad.

Muchas familias temerosas de las otornías que se esperaba cometiera la soldadesca desbordada, se habían refugiado en las casas de los reconocidos jerecistas...

Don Nicolás, a quien ya hemos mentado, martinista de corazón, fue con su familia a pedir refugio a la casa del Padre Apolonio Orozco, gran jerecista que vivía en una hermosa casa frente al antiguo convento de San Francisco, en la Calle Real.

La familia Orozco estaba muy afanada alistando víveres, licores y toda clase de viandas para recibir a Jerez y a sus Generales con un gran banquete, cuando fueron invadidas por familias de sus amistades, que les pedían refugio en su hogar.

Las Orozco muy gentilmente alojaron en su casa como a cincuenta familias de reconocida filiación martinista...

Entre tanto aumentaba el fragor de la batalla y los ánimos estaban indecisos sin saber de qué lado sería la victoria.

Alguien insinuó que se le preguntara a la Niña Serapita (una ancianita que en olor de santidad vivía en la casa de los Orozco, y que ya tenía más de un siglo) cuyos vaticinios salían ciertos, quién ganaría? Todos se precipitaron a la habitación de Serapita para oír lo que iba a decir. La ancianita se ocupaba en rezar, estaba bastante sorda, y había que gritarle. Se entabló el siguiente diálogo entre la señorita Orozco y Serapita.

—Serapita, estamos en guerra —le gritó al oído.

—De veras! —La voz vino de muy lejos.

—Sí, estamos en guerra, ¿quién ganará? Jerez o Martínez?

—¿Y quién está en la plaza?

—Martínez está en la plaza —le dijeron.

—Pues ese ganará —dijo Serapita.

—No señora, si Martínez no tiene gente, y Jerez viene con cinco mil hombres; —dijo contrariada la señorita Orozco.

—Pero Martínez ganará. Si con un hombre está, con ese gana; —dijo con seguridad la ancianita. Las Orozco salieron de la habitación dando muestras de disgusto por las palabras de Serapita diciendo: que estaba loca, que no sabía lo que decía, mientras los martinistas le daban crédito y reían de gusto

Eran las dos de la tarde y la furia de la batalla iba decayendo. El cañón se oía más lejos. De pronto un tambor que se alejaba y tocaba reconcentración, y otro que avanzaba en dirección a la plaza, entre gritos de voces roncacas que no se distinguía lo que decían

El Padre Orozco vestido con flamante manteo, puños y cuello de encaje enchaquirado, estaba radiante. Llamó a todos sus huéspedes y les dijo: "Reconcéntrense a sus piezas, que ya las fuerzas de Martínez van huyendo y ese tambor que va para la plaza y esos gritos de triunfo son del ejército de Jerez que va entrando en la ciudad

Don Nicolaás, que ya había tomado coraje, le dijo: "No señor, el que va huyendo es Jerez, y el que va para la plaza es Martínez que viene victorioso". Y efectivamente ya se distinguían con claridad los gritos de viva Martínez! Viva León!!

Las señoritas Orozco al enterarse del desastre de Jerez caían atacadas de nervios y los martinistas se lanzaban a las calles, llenos de júbilo para ver al General Martínez, que desfilaba victorioso al frente de sus tropas, y con un brazo herido por una bala, recorría la ciudad en medio del delirio de sus habitantes

Los hombres con los rostros negros por la polvareda y el humo del combate, roncacos de gritar, heridos unos, embriagados por el triunfo otros, cantaban al General:

"Viva, viva el valiente Martínez,
cuyo nombre mi pecho embalsama,
ese cielo verás que derrama
y se viste con nuevo color.

Por si acaso intentare un extraño,
el tirarle a la Patria que muera,
nuestros pechos serán las trincheras,
que a los libres sabrán defender". .

Los establecimientos de comercio abrían las puertas y arrojaban al ejército victorioso, botellas de vino, comidas enlatadas, frazadas,

toallas, pañuelos, piezas de cinta y todo objeto

Los soldados y dragones llevaban en las bayonetas y lanzas palmas y ramos. Las muchachas leonesas desde los balcones coloniales arrojaban flores al paso de los vencedores, y como al General Espartero, defensor de Bilbao, también al General Martínez "cien doncellas en coro cantaban" la canción que recientemente le habían hecho al General

"Hoy se mira brillar en tu frente
la diadema de gloria inmortal,
tu valor es quien te ha coronado
de laureles que eternos serán.

Y tu fama, cual águila errante,
se remonta con grande emoción
ella vuela en alas del viento
hasta Europa la grande nación.

Loor, loor, loor eterno al gran General,
invictos patriotas cantemos,
y de mirtos y rosas ornemos
por la Patria querida su sién "

La batalla había sido decisiva, las fuerzas de Jerez habían sido completamente desbaratadas. Bajo el puente de San Felipe y en los cauces del Pochote, quedaron centenares de muertos e infinidad de heridos. El General Martínez se portó muy magnánimo con los vencidos. Los heridos fueron muy bien atendidos en el hospital de San Juan de Dios. A los avanzados les dio libertad, dinero, ropa y salvo-conducto para que se fueran los que quisieran, y los que se quedaran tenían toda clase de garantías. Muchos optaron por quedarse, establecieron industrias, telares de casimires, rebozos al estilo salvadoreño, formaron sus hogares en León, los Borge, García y otros fueron de esos ciudadanos que se quedaron en León al amparo de las garantías de Martínez

El 29 de Abril del presente año se cumplen cien años de aquella memorable y gloriosa jornada. El pueblo de León en su casi totalidad era martinista, y por eso cuando el 29 de Abril de 1892, fue colocada una estatua a Jerez en el parque de León, circularon unas hojas sueltas con la siguiente décima:

"Hoy hace veinte y nueve años
la derrota de Jerez,
que atacó al pueblo leonés,
causándole muchos daños,
El lloró sus desengaños,
de Martínez fue el honor,
y es una ofensa al valor,
a la justicia y buen sentido,
dar una estatua al vencido,
y olvidar al vencedor. . .